

Querido Ibrahim;

Sé del peligro de esta carta. Nuestras familias nunca van a estar de acuerdo con nosotros, quizás tampoco nuestras amistades y aun así lo tengo que intentar. Tengo la necesidad de saber más sobre tu persona y no estancarnos en la amistad.

Aún recuerdo el primer día de colegio, tu sentado junto a tu grupo de amigos y yo solo en la parte de atrás. No podía atender a las lecciones por miedo a perderme algún gesto de tu cuerpo que indicara que me aceptabas. No pasó mucho tiempo para que tú me empezaras a hablar, palabras que tus ojos negaban.

Ya han pasado años de aquello y tú sigues igual, aparentando, pasando desapercibido. No aguanto la presión en el pecho cuando salimos juntos como amigos de la infancia sabiendo que la obra seguirá aun sin nuestro consentimiento.

Hay noches que tumbado al lado de Aisha me maldigo, juro y perjuro que será el último día, pero la función debe continuar, por miedo a perder lo conseguido en toda una vida.

Ya somos viejos Ibrahim y al menos mi vida no ha ido a mejor. Estoy casado con una mujer a la que no amo, vivo en una casa que no siento como mi hogar y tengo tres hijos a los que miento desde el amanecer hasta el ocaso. De qué ha servido seguir las pautas de esta sociedad.

Me voy Ibrahim, me voy para no volver. Quiero dejar de mentir sobre mí. Quizás tenía que haber dado el paso antes, pero el miedo me había atado con cadenas de hierro forjado a la pared de lo que definen como “normal”.

Tengo sesenta y ocho años. Ya no hay nada que perder y mucho que ganar, pues esta vida en ocasiones me ha sugerido al oído la opción de terminar. He deseado el fin, y me he acobardado ante él.

Con estas últimas palabras, deseando que no sean las últimas, me despido.

Estaré en la estación norte desde las ocho de la mañana hasta las nueve que sale el tren.

Un beso y adiós,

Una persona que te quiere tal y como eres.

FD: S.I.

